

Cambio y evolución

Desde que los seres humanos abandonamos las cuevas hemos necesitado crear entornos para sobrevivir. Si los espacios creados eran individuales, se formaban hogares; si eran colectivos, conformaban también instituciones.

Pero no es cierto que las instituciones no cambien; simplemente cambian en plazos de tiempo más largos. Los cambios de unas instituciones hacen además que otras se vean sometidas a tensiones y hayan también de adaptarse o quedar postergadas; sin mencionar cuando se producían guerras e invasiones, o descubrimientos e inventos, que, como el más reciente de Internet lo trastocan todo. Cualquier viajero atento sabe bien cuántas antiguas iglesias románicas tienen sillares tomados de ruinas romanas.

Antiguamente tendía a pensarse en el paso del tiempo no como algo lineal sino cíclico: se cambiaba para retornar al principio. Hoy sabemos que la humanidad tiene como destino *natural* el cambio, la evolución. Esto nos debe prevenir contra el inmovilismo: la idea de que las instituciones no deben cambiar, adaptarse, como hacemos las personas a lo largo de nuestras vidas. Y nos debe prevenir contra el voluntarismo de los cambios *revolucionarios*, acelerados.

Las carreras de relevos se terminan siempre que el testigo no caiga al suelo. Los corredores deben acompañar durante un trecho sus pasos para poder así pasar el testigo de mano en mano. Estos *relevos*, tratándose de instituciones, pueden requerir muchas décadas, a veces hasta algún siglo. Es por ello que *preservar* las instituciones resulte tan necesario como *cambiarlas*. ▀